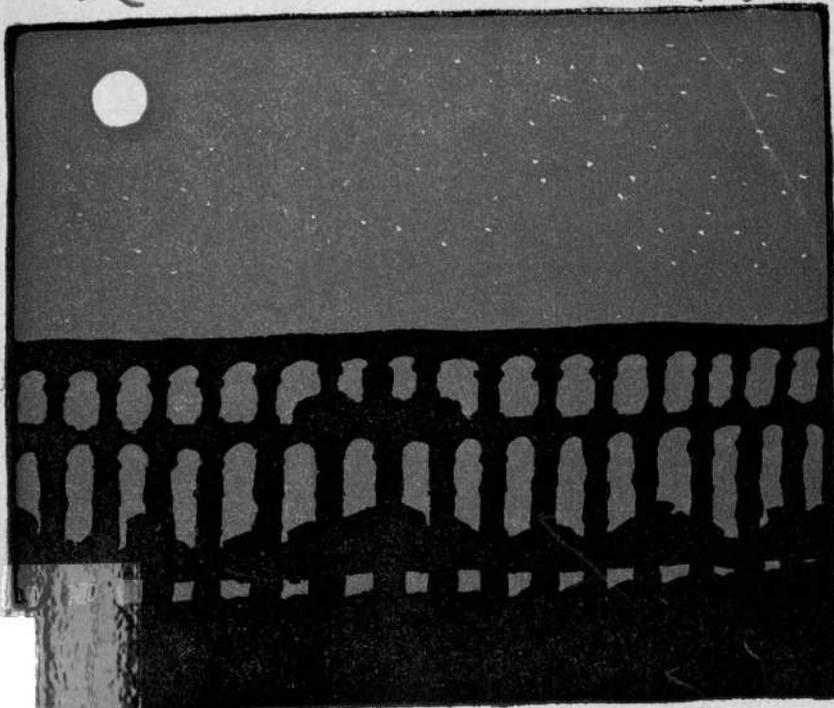


JULIAN M. OTERO



SEGOVIA. ITINERARIO
SENTIMENTAL

D.G.C.L
A

Julio y María Herrera

1932 - Segovia.

ITINERARIO SENTIMENTAL

c. 1107193
t. 89396

~~Handwritten text, possibly a signature or name, crossed out with a diagonal line.~~

Handwritten text, possibly a date or reference number.

Handwritten text, possibly a title or subject line.

ITINERARIO SENTI- MENTAL DE LA CIUDAD DE

Segovia

O SEA VN PASEO POR SVS CALLES

en una noche de luna.

OFRECIDO A LOS VIAJEROS QUE LA VISITEN
*para mostrarles una muy señalada ruta
sobre este antiguo solar.*

COMPUESTO POR EL LICENCIADO JULIAN MA-
*ria Otero, Abogado, vecino y natural
de la muy noble y muy leal
ciudad.*



*Con privilegio. En Segovia, por An-
tonio San Martín.*



R. 67632

CORAZONES E INTELIGENCIAS:

GUIADO POR UN INMENSO AMOR A TODAS LAS COSAS, SOSTENIDO POR UNA GRAN VOLUNTAD, AQUÍ LLEGA UN JUGLAR QUE PREGONA EL PEREGRINO ENCANTO DE UNA CIUDAD DE LEYENDA.

El autor pide venia para comenzar.

VOY A LLAMAR EN EL ALCÁZAR DE VUESTRAS ALMAS POR LA PUERTA DEL SENTIMIENTO.

PARA EL MÁS ALTO HONOR DE SEGOVIA, QUE ES MI MADRE, Y MI AMADA Y MI MAESTRA, TENDEDME EL PUENTE DE VUESTRA ATENCIÓN, Y FRANQUEADME EL ASILO DE VUESTRA BENEVOLENCIA.

Y SI QUEREIS LEVANTAR CASTILLOS DE QUIMERA SOBRE CIMIENTOS DE RECUERDOS, Y EN UNAS BREVES HORAS DE UNA SOLA NOCHE SOÑAR TODA LA HISTORIA Y VIVIR MUCHOS ENSUEÑOS, VENID CONMIGO.

El autor se ofrece al viajero que visite la ciudad para servirle de guía.

Un segoviano que además de estar unido a este suelo por el nacimiento lo está, aunque la corriente del vivir de cada día le aleje del escondido remanso de nuestra vida tranquila y olvidada, por imperecedera admiración hacia la más pura ciudad castellana: un buen segoviano, que, constantemente, con el mayor entusiasmo de convencido, predica, allá en la gran urbe donde reside, una ardiente propaganda capaz de levantar peregrinos para este Santuario del Arte y de la Leyenda; un provinciano por la semilla, arraigado con complacencia en la tierra de la Corte, que frecuentemente gusta de tomar un baño de romanticismo, recorriendo en una noche de luna estas calles, me dirigió, en fecha que el recuerdo aproxima, una carta que decía así:

Mis amigos—aquí los nombres de un joven matrimonio,—intrigados por mi constante evocar de sitios, de momentos, fuentes de sensaciones gozadas en nuestra Ciudad, han decidido conocerla. Por mis referencias—seguía diciendo—saben de tí que eres un enamorado de tu madre y educadora sentimental. Quieren que seas su guía al través de ese frondoso laberinto de la historia, cuyo aire saturan los aromas de las mil consejas que florecen en los rosales de la tradición, quieren que les señales ante las perspectivas estupendas los puntos de vista precisos. Y me han pedido que te los presente en este anuncio de su visita a Segovia, que harán mañana. Llegarán en el tren de la noche.

Te prevengo—terminaba la carta,—para que te sirva de orientación en tu servicio de cicerone, que de los esposos a uno le sobran alas y a otro le sobran raíces; pero a ninguno le falta corazón ni nervios.

Y llegó la noche de aquel día en que recibiera la carta de mi amigo.

La noche iba a ser serena, diáfana, diamantina. Se inundaba de ensueño el ambiente, bajo el prestigio que la luna llena ponía sobre la ciudad y el campo y la montaña. La oportunidad de la entrada, para los que iban a llegar, estaba elegida por el que los enviaba, ferviente devoto de las horas de luna en Segovia.

Y llegó el tren que traía a los turistas, y no tuve que dudar al dirigirme a mis viajeros, pues únicamente para ellos era el término del viaje Segovia. Sólo dos romeros llegaban al templo de la sensación en una noche de fiesta mayor que iba a officiar la luna en los innumerables altares levantados para el culto de la Naturaleza, del Arte y de la Historia,

❁ ITINERARIO

ante cada panorama, cada cuatro pasos, en cada rincón.

Rogué a los viajeros que antes de salir del andén, aceptasen la primera comida que iban a hacer en Segovia, allí mismo, en la fonda de la estación...

—Con un doble fin, de comodidad, en que ganará el estómago, atendiendo sus exigencias antes de dejarse sentir,—y quitando así desde luego el cuidado del cuerpo, para que éste no estorbe; y de estética, en beneficio del espíritu y para más grande y muy más honroso provecho obtenido del viaje, evitando que al llegar a un pueblo todo viejo, todo carácter, produzca una mala impresión de frivolidad, el comedor de algún hotel, muy confortable, pero todo modernismo, todo estilo importado. Las fondas de las estaciones tienen carácter propio, como lo tienen todas las cosas y las personas de los caminos de hierro.

Cenamos; y durante el yantar fueron pasando por la conversación, que giró sobre el tema único de la vida cortesana, personas, lugares, sucesos muy apartados de la monotonía del pueblo a cuyas puer-

tas estaban los que habían salido de aquel tráfigo mareante.

Sobre los manteles, cuando realmente terminaba su viaje, suscitó un debate entre los esposos, acerca de si utilizaríamos o no para la entrada en la Ciudad el carruaje que yo había hecho esperar a nuestra orden. Ellos discutían—y yo, esperanzado de un acuerdo entre ellos, el más del caso, callaba.

—Yo quiero entrar en esta Ciudad, como creo que debe entrarse en toda población que se visita por primera vez, a pie, para sentirla desde el primer paso ante la vista y sobre la atención y bajo los pies. Bajo los pies también; que no es despreciable el juicio que de un pueblo que se recorre en turismo se forma por la impresión material que produce su pavimento abandonado o bien atendido.

—Vamos andando—cedió el espíritu fuerte del matrimonio.

—Ahí tienes ya—dijo él sentimental:—la primera impresión de Segovia, entra por los ojos, y es para no dudar de que estamos en Castilla. Fijate en esas casas. Qué interesante contraste el que hacen esa



✿ ITINERARIO

amplia avenida, digna entrada de una Ciudad que constantemente recibe a gentes de todo el mundo, con ese grupo de viviendas deeréptitas que dominan el paseo y que parecen trasplantadas del más ínfimo villorrio para cumplir en este sitio un efecto decorativo.

USTEDES que llegan de la Corte—les dije yo—querrán entrar en Segovia por la puerta de Madrid. Véanla aquí. Las dos figuras que campean sobre el arco son los conquistadores de la renombrada villa, son Díaz Sanz y Fernán García, y este monumento recuerda su hazaña. Los cristianos sitiaban el castillo famoso que a un rey moro hizo olvidar sus melancolías. Esperábase para comenzar el asalto, la llegada de los tercios de Segovia, que se retrasaban. Cuando llegaron las huestes de Díaz Sanz y Fernán García, éstos pidieron alojamiento para sus tropas en el cerco, y el caudillo cristiano, enojado, les respondió, señalando al almenaje de las murallas: «No queda sitio para alojamiento más que allí.» Los capitanes segovianos, por toda réplica, empezaron el ataque; y pocas horas después avisaban al rey que tenía preparado aposento en Madrid.

*Tercios
segovianos
conquistaban
á Madrid.*

HAY a pocos pasos de la histórica puerta, entrando en la Ciudad, una ermita, y ante ella una cruz de piedra que enfrenta y domina una vía ancha y llana, plaza y calle mayor de lugar castellano, ésto es, un trozo de carretera con una línea quebrada de casas desiguales a cada lado. En las puertas, carretas desahucidas; sonar de esquilas y olor de humo de la retama que se quema en los hornos donde cuece el pan. Y aquella noche, la luna, que hacía canal para su luz del suelo polvoriento.

La cruz que preside aquella paz de aldea, tiene el prestigio de algo que se eleva por encima de lo humano. Al principio del año 1411 vino a Castilla el gran maestro y predicador Vicente Ferrer, el apóstol de aquel siglo. «Ofan su palabra los distantes tres y cuatro leguas—dice la fe de un historiador,—y le entendían todas las naciones, predicando siempre en

su dialecto valenciano.» Llegó a Segovia el día tres de mayo, y los segovianos salieron a recibirle por esta parte, que ya entonces se llamaba, como ahora, de «El Mercado». Venía el Santo Varón en un jumentillo, y seguíanle de continuo muchas y diversas gentes. En llegando el Santo a una cruz que estaba antes de la población, se apeó y humilló a orar; y haciendo púlpito de la peana y tema de su sermón la Cruz, cuya invención se celebraba aquel día, predicó sus elocuencias, que siempre avaloraba con su ejemplo y sellaba con sus milagros. A instancias del apóstol se alzó la ermita. Todavía se celebra en este sitio la romería de la Cruz de mayo.

Rezó la viajera al pie de la cruz. Su esposo y yo, descubiertos, nos mirábamos.

*S. Vicente
Ferrer
predica en
Segovia.*

Y seguimos, atravesando la aldea ideal; en realidad, ciudad adentro. Van siendo en las casas, cada uno más alto el tejado, cada una más presuntuosa la fachada. La carretera se encuesta, estrechándose, para pasar a ser calle.

Ya en plena Ciudad, frente a una iglesia—la de Santa Eulalia de Mérida— hay, a un lado, una plaza con acacias y una fuente y unas piedras devotas, y al otro un bosque de columnas que, sosteniendo por encantamiento unas casas, forman unos porches. Entramos bajo ellos. Adosada al muro se ve una cruz con esta leyenda: «Aquí murió un hombre. Pedid por él». Cerca, una puerta entreabierta deja pasar una banda de luz y un mosconeo de palabras. Sobre la puerta dice: «Panadería y piensos.» Huele a la harina.

Poco más adelante, cuesta abajo, la calle, hasta allí ancha y recta, se cierra por unas casas que hacen las esquinas de una enercuejada. Una calle estrecha y en cuesta arriba se interna en la ciudad; otra calle parte hacia la izquierda, orillando un arroyo, en dirección a los suburbios. En sitio muy visible una lápida dice: «Calle de entre la muerte y la vida.»

Ateniéndome por igual a la historia y a la leyenda satisfago la curiosidad que presumo se ha despertado en los forasteros. Corrían los días trágicos que precedieron a la guerra de las Comunidades. Un noble mayorazgo segoviano, acusado de traición, era conducido a la cárcel por las turbas excitadas. Cuando el tropel llegaba a este sitio, se asomó a una ventana una vieja, una furia semejante a la legendaria bruja del candilejo, apostrofando a los perseguidores del caballero por llevarle a prisión en vez de colgarle de la horca; y arrojándoles una soga exclamó: «Tomad, si no teneis cuerda para ahorcarle.»

*Las turbas
quieren
ahorcar
a un
mayorazgo
acusado de
traición.*

Tentada y a punto estuvo la turba de seguir el mal consejo de la arpía; pero en aquellos momentos de incertidumbre salió de la iglesia de San Francisco, inmediata al lugar de la angustiada detención, el Viático para un enfermo. Y ante la presencia del Sacramento calmóse la ira popular, librándose providencialmente de la horca el que había estado *entre la vida y la muerte*.

PARA evitar el encuentro de un edificio, digno de admirarse en su interior, que se destina a la forja de espíritus y al cultivo de inteligencias, pero cuyo exterior, alzado sobre las ruinas de un monumental e histórico monasterio, lastima recuerdos y siega sensaciones—y para no llegar antes de la hora apropiada al sitio que ha de ser término del itinerario—dirigí a los viajeros por la calle de la izquierda, hacia los barrios exteriores. Una calle que tiene en un azulejo el nombre moderno, evocador de sublimidades de la raza: «Calle de la Independencia»; y en la

voz pública un nombre arcaico que no puede desaparecer, oído por cada generación a su maestra en el tiempo: «Calle del Caño de la Marrana».

Se pasa de esta calle a otra mejor cuidada, pero más angosta y triste. En el centro de la calle que ahora pisamos, que dicen «de la Asunción», hay un singular asilo de derrotados en la lucha por vivir, un refugio abierto por la caridad para los últimos días de unas ancianas desvalidas. En un patio reducido y desigual se alza una capilla, y a su abrigo agrúpanse hasta una docena de puertas bajas y por cada puerta una ventana y sobre cada puerta un número. Nichos para poco antes de morir. Y sobre el portón que cierra el patio, en la calle, campea un escudo y está escrita en granito la cláusula de una fundación piadosa. Las casas de más arriba y las de más abajo tienen todas una cruz que una mano de piedra levanta en la fachada.

SEGUIDA la calle, al lado derecho se encuentra el atrio de una iglesia, un atrio que tiene tanto de tal como de plaza o más bien de calle. El pórtico de la iglesia y todo el muro que da a aquella parte tienen, sobre la injuria de un revoco demasiado alegre, acaso por este mismo detonante enlucido, cierto simpático modo de templo aldeano. Sobre la puerta hay un ancho balcón con balaustrada de labores en hierro. Es la iglesia de San Clemente.

Hago subir a los recién llegados a una escalinata de ladrillos que en un ángulo de la plaza angostísima parece puesta por un devoto contemplador de aquel sitio, porque domina desde el alto de los peldaños una estupenda decoración. Forma el primer término, ese primer término tan pocas veces armónico con el conjunto del cuadro en la escenografía de la realidad, un ábside románico, acaso el más bello de los que hemos de ver en Segovia, para el artista, gracias a la patina con que los años le han vestido, aunque

no lo sea para el técnico. El ábside se levanta en el rincón de aventura que forman callejuelas estrechas y oscuras, rodeado de casas arcáicas, misteriosas, de tapias negras. Un remanso de edad media.

Desde la tribuna de espectadores vemos venir por una calle un embozado que se para ante una recia puerta, mira a un balcón... y no se desprende del balcón una escala. El que llega, llama, dando un fuerte aldabonazo; y la figura que sale a responder al que llamó no es una dama con atavío de terciopelo y escarcela a la cintura y tocado de blanco velo flotante...

Y otros dos personajes que después entran en escena, que bajo el ábside se encuentran, no se recatan el rostro con el ala del sombrero y el embozo de la capa por otra cosa que por el frío; y al conocerse, no se dan un alto fanfarrón, ni se comunican contraseñas en voz baja, ni sacan los aceros, porque no llevan espadas que desnudar, ni tienen resentimientos de qué vengarse, ni intervienen en ningún secreto negocio, sino que se dan, al cruzarse, unas corteses y castellanas buenas noches, y siguen, sin detenerse, cada cual por su camino, que será el de su casa.

Confieso aquí y descubro ahora lo que no nos confiamos mis amigos y yo en aquella ocasión. Tuvimos miedo, primero, y después nos sentimos defraudados. Yo voy desde entonces muchas noches a aquel sitio, por ver si en alguna presencia o sueño el acto de comedia de capa y espada para que está preparado aquel escenario.

MUY cerca de la iglesia del barrio de San Clemente está el suburbio que a todos los de Segovia y a los de otras ciudades castellanas—Toledo, Avila, Medina, a que yo puedo referir la comparación—aventa en ambiente y en carácter y en detalles. Tengo para mí que sólo el barrio de las Vacas, en Avila, puede acercarse al parangón con éste que se dice en Segovia «el barrio de las brujas», y cuyo espíritu todo ha infundido, con justeza aprendida en Velázquez y genialidad heredada de Goya, el artista a quien tanto debe Segovia, Ignacio Zuloaga, en su cuadro *Las Brujas de San Millán*.

Plazas irregulares y calles laberínticas, cuestas y escalinatas, rincones y encrucijadas. Todo desierto, todo silencioso. Huertas, siniestras como todas las huertas, que siempre parece guardan el secreto de un crimen... Corralones convertidos en muladares. Tejas de negros hornos humeantes. Altas tapias de jardines... Casas de la más varia condición: miserables casas decrepitas, con unas fachadas sórdidas que ríen o lloran o hacen gestos con las bocas de sus puertas y los ojos de sus ventanas; caserones vetustos, de aspecto de fortaleza o de residencia de un tribunal o de mansión de un magnate. Y todas, las altas y las humildes, las viejísimas y las viejas y las pocas modernas, más bien modernizadas, dando al transeunte el aliento de lo trágico que las habita y que exhalan por todos los huecos, desde las rejas de subterráneo a las chimeneas, pero más que por ningún otro sitio por los portales tenebrosos, entornados para acechar un secuestro, en cuyo misterio escafofría la idea no más de aventurarse.

Domina el silencio, sin perturbarle, un ruido vago, sordo, continuo: el rumor de un cauce que se vuelca

y corre después soterrado. Es una alcantarilla inmundada, inmerecidamente llamada arroyo y a la que con razón se apellidó *Clamores*, por los que, en tiempos, que por fortuna no son éstos, levantarán los estragos causados por sus pestíferas emanaciones y por sus salidas de madre.

CONMIGO recorren los viajeros el barrio entero, de la Plaza de la Tierra a la Cuesta de la Piedad, de la Canaleja a San Roque, cruzando plazas, subiendo y bajando escaleras y cuestas, pasando y repasando calles y callejuelas, hasta encontrarnos ante la verja del atrio que rodea la iglesia del barrio. Aquella puerta de hierro, abierta de noche, induce a inquietud por la vida y el alma de algún feligrés, por la paz de la noche dormida. Un momento, quien no sepa que lo que toma como señal de anormalidad es normal en las costumbres de la parroquia, espera, a la vez, oír el toque de rebato en la torre y ver estallar el resplandor de un incendio, o la luz del farol

que alumbra al Señor que sale de su casa para visitar a un moribundo. Y cuando pasan unos minutos en estos recelos, empieza otro más agobiante, el de temer por el respeto al valor sagrado de los tesoros del templo y a la paz en la paz de sus naves en la noche. Hube de sosegar a los forasteros advirtiéndoles de que la puerta aquélla nunca se cierra, tal vez por dejar asequible al nocharniago aquel extraordinario observatorio.

Levántase la iglesia sobre una suave eminencia del terreno que se aprovechó para formar un atrio llano y espacioso, en tiempo enterramiento parroquial, y en el que se alza una cruz de piedra, ahora mutilada. Se divisa desde allí la más asombrosa tramoya. La ciudad encaramándose sobre la muralla. Campeando sobre la confusión de los tejados, la esbeltez de los campanarios y la firmeza de los torreonnes. Colgados allá y acullá, arriba y más arriba, tan altos como los nidos de águilas y gavilanes y cornejas y buhos, muchos, muchos rectángulos de luz: lámparas de hogares. Guiándose por el signo exterior de los huecos para el sol y el aire, da que pen-

sar a los forasteros, y no acaban de explicarse, dónde se separan y cómo estarán distribuídas en pisos y habitaciones las viviendas en que nos escondemos como arañas los vecinos de Segovia.

*Roban la
iglesia de
San Millán.*

LA Iglesia de San Millán, un soberbio ejemplar de estilo románico, tiene en la historia de su destino de sanatorio de almas una página amargosa. Es el único templo segoviano que ha sido profanado por un robo sacrílego. Y está la injuria muy reciente para que yo, testigo de la alarma que el hecho produjo en la ciudad religiosísima y honrada, escape al deseo de referir a los viajeros un detalle del suceso. Avisado el párroco, un anciano evangélico, en la mañana del descubrimiento de la profanación, lleno de angustia corrió al templo. Todo lo halló en desorden: altares, sacristía, armarios, cajones, ornamentos, vestiduras, libros. Y ya encontró a la justicia humana actuando. Sin atender a otra cosa, dirigióse inmediatamente al Tabernáculo. Los ladrones le habían

abierto violentamente. Faltaba el Copón y su sagrado contenido. Llorando, rezando, buscó—por el suelo, sobre los bancos, por todas partes, dentro y fuera de las naves revueltas, desde el altar al atrio—lo de menos valor para los sacrílegos, lo que les estorbaría, lo único para él valioso de lo que en el templo se guardaba. Comenzaba a apoderarse de su ánimo la idea de que los criminales habrían cometido un escarnio mayor con el Divino Cuerpo. En esto, el Juez, que respetando el febril afán del Sacerdote, nada le había dicho ni le había preguntado, al levantar, en el examen de las huellas criminales, el paño del altar mayor, descubrió sobre la piedra del Ara un montoncito de Panes Eucarísticos. Llamó el Juez al Cura para mostrarle el feliz hallazgo. El Párroco, con la angustia aún en el rostro contraído y en las manos temblorosas, contó las Formas recuperadas. Estaban todas las que la tarde anterior quedaran en la Copa, cuando cerró el Sagrario después de fortalecer para el eterno viaje a un agonizante. Y al acabar de contarlas, cayó de rodillas, con una sonrisa de beatitud en los labios que alababan la misericor-

dia altísima e imploraban perdón para los malhechores.

Sorprendí a la viajera secándose una lágrima; y ví una arruga surcando la frente de su marido.

INMEDIATOS y fronteros uno de otro y ambos de la iglesia, están los dos edificios más destacados del barrio, los que tienen, además del carácter en que el barrio envuelve cuanto encierra, una historia propia, una significación especial. Se alza el uno de estos edificios a la derecha según miramos a la Ciudad—a la muralla—desde la cruz del atrio, y separado del recinto que fué cementerio al rededor del templo por una calle que es la más ancha y despejada del barrio, pero la más solitaria también. Una calle que sale a un paseo que es ya del campo.

Las dos fachadas exteriores de este edificio—un caserón grande y regular—están llenas de huecos ordenados en líneas: una fila de ventanas abiertas a ras de tierra, cruzadas por dos barrotes de hierro; sobre estas luces de bodega, otra hilera de ventanas

grandes, rasgadas; encima, corre a lo largo de los muros un balconaje; y entre los balcones y el alero se abren dos series de huecos cuadrados, pequeños, muy inmediatos los unos a los otros: unos tendedores. Tiene la casa un ancho portón en la fachada que mira a la iglesia, y guardando la puerta está lo que queda de dos enormes pilones de granito. Es la casa del trabajo, es la fábrica de San Millán.

Y en el otro lado de la calle y más inmediata a la iglesia, de que sólo la separa una calleja estrechísima, solitaria, silenciosa, escondida, un callejón de encubrimiento que forman el muro del atrio por su parte más baja y la tapia del huerto de este edificio, hállase la otra casa significada del barrio.

Ya al pronto, para el observador, es esta casona, completamente aislada, que tiene un huerto y muy bajas las bardas de la tapia, más atrayente que su vecina.

El atractivo que le da la belleza de su exterior— un ancho arco para la puerta, unas caperuzas de tablas verdes y carcomidas para los balcones, una ventana y un corredor con hermosas labores de pie-

dra—le aumenta el encanto siniestro que de su interior brota, como el humo de un sangriento pebetero, y le envuelve y se extiende por todo el suburbio y asciende hasta la ciudad, confundiendo la novelesca realidad del drama de que esta casa fué teatro con las consejas de romance que de imaginación en imaginación, de boca en boca, de pesadilla en pesadilla, difúndense como aromas desprendidos de los rosales del mal que riega el mortífero *Clamores*.

Los muros de la casa de enfrente, que nunca cobijaron escenas menos honrosas que las del trabajo, están ahora crudamente encalados. Iba colgando en las fachadas el tiempo muchas sombras entre los huecos; y los propietarios hicieron envolver la fábrica en un cándido revoco, para evitar que algún mal orientado atribuyese a aquella casa la historia de la de enfrente.

La plata de la luna aumenta el prestigio de inocencia de este templo del trabajo.

Mis compañeros de paseo, movidos por el mismo escalofrío que rozó mi médula, preguntaron:

—¿Qué historia es la de esta casa?

—Aquí—empecé yo—se cometió un crimen.

Y la salmodia lúgubre del *Clamores* continuó la historia del crimen del francés.

Tiene la verdad el agrio sabor de unas coplas de ciego...

Una familia de emigrados que atraviesa el Pirineo y se refugia en el centro de Castilla. Un hijo de aquellos extranjeros, español y segoviano ya de nacimiento, se casa con una segoviana de arraigada familia. Una viudez prematura que ensombrece aún más la figura extravagante del francés. La vida de misterio, de incomunicación, de sordidez, contribuyendo a formar en el barrio hasta creerse en la alta población, sobre la base de una atávica antipatía de nacionalidad, la leyenda de tesoros inmensos, guardados en la casa para el placer insaciable de contarlos y para saberlos seguros de legales mermas. Y la falta de educación y de pan haciendo lo demás...

Un día, tras de algunos de no ver los vecinos señales de vida en la casa del francés, la justicia que al entrar encuentra, a pocos pasos de la calle, en la escalera, el cuerpo del mochuelo tronchado por la

*Se comete
un crimen.*

asfixia que unos garfios humanos le ciñeron ensañadamente a la garganta... y en la cocina, ante el hogar, la única sirviente del caballero—la que aguantaba y compartía sus rarezas, cultivando la codiciosa esperanza de un legado—con la tela del delantal que llevaba sujeto a su cintura ferozmente embutida en la boca. Y se encontraron, además, un gato estrellado contra una pared, y los restos de una macabra orgía, y sobre la tabla del escalón en que el muerto fué acometido y expiró, y en las uñas de sus dedos crispados, la cal que había sido arrancada del blanqueo del muro.

Después, unos necios alardes de holgura en quien no trabaja y no posee más bienes que sus brazos, unas fanfarronadas de taberna y unos bancales de huerta que removidos dan monedas. Y el final, meses más tarde: la comitiva de unos reos llevados al patíbulo por las calles de la ciudad, atestadas de gentío, en una estremecedora mañana de Enero. Por todos los caminos llegaron espectadores para aquel desenlace. Cuatro o cinco mil personas, no diré almas, presenciaron la triple ejecución. ¡Cuánto no habrá

pesado sobre la cultura y los sentimientos y las ideas de Segovia aquel espectáculo, por fortuna no repetido para nosotros gracias a la caridad de un legislador humanitario! Se oye a gentes de todas las edades decir que fueron o los llevaron—¡los llevaron!— a ver ajusticiar *a los del francés*. Segovianos que tienen mis años me han dado detalles macabros de aquel día del invierno de 1894. ¡Oh! la ejemplaridad de la pena...

Hay cosas que no se olvidan en la vida. También yo tengo un recuerdo de aquel día. Nunca olvidaré un rosario que rezaba con mi madre al tiempo que oíamos pasar por la calle unas carretas...

LA casa del francés, en poder de la justicia primero, bajo el estigma del crimen ya para siempre, no tuvo en muchos años inquilinos. Hasta que un día, mandado por Goya, llegó a Segovia un artista que el Genio escogió para revolucionar la pintura, y puso en esta casa su estudio, desde donde enviara a Euro-



pa el lienzo de *Las Brujas de San Millán* para levantar la leyenda negra de Castilla.

Después del taller del artista, que en estos aposentos visitados por la tragedia vió un aquelarre, ocupó la casa una carbonería. ¿Guardará la casona oscura un mal espíritu, que no deja habitarla a quien no lleve consigo las sombras?...

—Vamos; vámonos a otro sitio; sáquenos usted de este barrio amedrentador—dijo uno de los esposos, el que se resistía a los sentimentalismos.

—El primer sábado que estemos en Segovia—dijo el otro—vendremos aquí a las doce de la noche, para ver a las brujas de Zuloaga salir por las chimeneas.

AL extremo del barrio, limitándole más allá de las tejeras y de las huertas, hay una almáciga de árboles regada por el *Clamores*, que en aquel sitio ya va dando al aire el veneno de sus emanaciones. El vivero es como el jardín de un viejísimo edificio que corona una muda espadaña fantasmal. Las naves y las galerías y los patios, que hoy se destinan a asilo de ancianos, fueron levantados para sanatorio de extrañas dolencias. Parece un humorismo la fundación. Hubo tiempo en que Segovia albergaba los 60.000 obreros de los gremios de la industria pañera. Era uno de estos gremios el de lavar. Y para que los lavadores—oficio que, en el clima de Segovia, hacía penosa la constante permanencia junto al agua de las pilas en que se limpiaba la lana—curasen los resfriados, se fundó este Hospital de Sancti Spiritus.

*Fundación
de un hospi-
tal de res-
friados.*

Los forasteros no quieren creer que Segovia tuviese un hospital, tal vez único en el mundo, en que al recorrerse las salas no se escuchasen ayes, sino estornudos.

ESTOY con el matrimonio forastero en el puente que sobre el arroyo hay en el paseo que baja de la Ciudad: un puente de mendicantes, con barandilla de hierro sobre el pretil formando un asiento. Y hágoles contemplar unos árboles altísimos de cuyos esqueletos cuelga velos grises la luna. Son unos chopos. El chopo es el árbol de Segovia.

—Cuando se alejen ustedes unos centenares de pasos saliendo por cualquiera de las puertas de la Ciudad, y desde cualquiera de las alturas que rodean el cerro en que ésta se alza contemplen el panorama de Segovia, verán en lo alto unas torres, muchas torres, que sobresalen de la línea apretada de tejados, y se alzan, se alzan, etéreas, hasta tocar el azul, desde no se descubre qué cimientos. Y más abajo, campeando de la cintura de vegetación que ciñe el peñasco, unos grupos de árboles esbeltísimos, o sólo un árbol aislado, derechos y firmes, que se cimbrean ceremoniosos, de los que se ven las largas copas, cuyas ramas últimas rasgan las nubes, pero





de troncos ocultos por un pretil o por la tapia de una huerta, y cuyas raíces probablemente riega una alcantarilla.

¿De dónde proviene la semejanza entre estos árboles, tan numerosos en Segovia, con las torres de los innumerables templos de la Ciudad, que preside la de la Basílica—tan armónica con estos chopos del vivero de Sancti Spiritus—que desde el puente se ve entre los troncos arrogantes, allí arriba, levantándose sobre todo para escalar el campo de las estrellas?

Nadie dará la explicación; pero la semejanza la vemos todos, la ve cualquiera.

El invierno que desnudó los chopos envolvió a la torre en un manto gris; pero el otoño tiene el mismo oro para las piedras y para las ramas.

Segovia: árboles, torres, hombres. Las raíces en una alcantarilla y la última rama en las nubes: un chopo de Sancti Spiritus o de la Ronda o de Santa Lucía. Los cimientos entre callejas siniestras y en la linterna una estrella: la Catedral. ¡Oh! si los hombres aquí encerrados, ya que la vulgaridad traba nuestros pasos, alzásemos más altos los pensamientos...

PLANTADO de tilos y acacias arranca del puente, por encima del hospital, un paseo de convalecientes y de ancianos—buen sol del Mediodía—: el gran sitio para soltar el pasmo que se cogió junto a las pilas, lavando lana. A poco, el paseo se convierte en una calle solitaria y misteriosa, una calle hundida bajo la muralla, de casas herméticas, cubiertas de sombras que nacen en los faroles y ascienden por las fachadas hasta los aleros y arrastran por el suelo de acera a acera, mejor de cuneta a cuneta. En esta calle—«a la salida de la Ciudad, sobre la cuesta que baja al río»—hay unas tenerías. Huele a la casca.

LA muralla!—exclaman los forasteros, sorprendidos ante el espectáculo no inesperado, pero asombroso. La muralla, al descubierto en aquel frente, tiene allí los lienzos más altos, los torreones más firmes, la puerta más monumental y evocadora—la de

San Andrés o del Socorro—y la fortaleza de más estupenda situación y mejor conservada—la «Casa del Sol».

Al pie del Arco del Socorro, junto a la puerta infernal de una herrería, los turistas contemplan una tramoya digna de los grabados de Gustavo Doré para la *Divina Comedia*. A un lado, la cintura de muralla cerrada por el broche de una fortaleza que avanza sobre la escarpa. Enfrente, la rampa de un pinar que fué cementerio de una raza proscrita. En medio, el abismo.

Destacando un albicante camino temerariamente colgado al borde del precipicio, la luna descende por el barranco, hasta llegar al fondo para platear el cauce cenagoso del arroyo.

—Antes de ahora hemos visto esto—dicen los forasteros.—¿Dónde lo hemos visto?

TRASPUESTA la muralla, nos hallamos en una plaza irregular en que corre una fuente quejumbrosa. Sobre el arco hay una hornacina donde se venera, entre celosías que la ocultan, una imagen de la Virgen, alumbrada por un farol. De la plaza parten tres calles. Una frente al arco, bordeando la altura de la muralla, sobre el camino de la ronda. Esta calle de la Ronda es la más tenebrosa de las vías que desembocan en la Plaza del Socorro, con serlo mucho las otras dos que, empinadas y tortuosas, vierten su silencio y sus sombras en aquel desagüe de la Ciudad. De estas subidas al centro, la que va hacia la izquierda, debajo de la Catedral, la forma por un lado la muralla, un paredón obscuro y almenado. Junto a las almenas se abre un postigo, desde el que baja una angostísima escalerilla de piedras desiguales.

La casa de enfrente de esta puerta para la aventura es la más misérrima, la más misteriosa de

aquellas cercanías. Rodéala un patizuelo conocido por un nombre que estremece e intriga.

—Este es el «Corral de los huesos».

—¿Qué secreta comunicación existió entre el postigo abierto en la muralla y la casa del «Corral de los huesos»...

A la curiosidad no puedo contestar más que de un modo vago:

—Yo he leído que a la salida de la Ciudad, junto a las tenerías y a la cuesta del río, estaba la casa de una vieja barbuda, hechicera, astuta y sagaz en todas las maldades, que se decía Celestina.

*La casa de
Celestina.*

—Y diga usted—me preguntan.—Aclárenos lo que ya se va precisando en nuestros recuerdos. Por aquella calle—la señalada era la más tenebrosa; la de la Ronda—¿a dónde se va?

—A la «Casa del Sol»—les contesté.

—Y en la «Casa del Sol» ¿qué hay ahora?, ¿qué destino tuvo en tiempos?, cuando dejó de servir para defensa...

—Allí está el matadero.

—Justamente, el matadero—dijeron los dos.—Y

Donde Quevedo encuentra al Buscón.

en esa calle del Matadero está la casa del verdugo, del tío del Buscón Don Pablos de Segovia. Guiados por Quevedo hemos recorrido estos lugares en la España picaresca.

Fragmentos de los capítulos X y XI de «El gran tacaño».

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y a mí se me alegraron los ojos a pesar de la memoria que me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y a la entrada ví a mi padre colgado en el camino aguardando
 . . . considerando en quién conociera a mi tío (fuera del rollo), mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón, diciendo que no le conocían. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando estando en esto oí al precursor de la penca hacer de garganta, y a mi tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío; y él, muy haciéndose de penecas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (a quien había dicho, preguntando por él, que era un grande caballero yo), veo a mi buen tío; y echando en mí los ojos, por pasar cerca, arremetió a abrazarme, llamándome sobrino
 . . . Tenía mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador; entramos en ella, y díjome: No es alcázar la posada; pero yo os prometo, sobrino, que es a propósito para dar expedien-

te a mis negocios. Subimos por una escalera, que sólo aguardé a ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él, como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas
 . . . Dijome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, y tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies, morada, uno de los que piden para las ánimas; y haciendo son con la cajeta, dijo: Tanto me han valido a mí las ánimas hoy como a tí los azotados; encaja.

Hiciéronse la mamona el uno al otro; arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó a bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios, y en hora buena, envuelto en un capucho con unos zuecos entró un chirimía de la bellota, digo un porquero: conocílo por el (hablando con perdón) cuerno que traía en la mano; y para andar al uso sólo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos a su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizeo, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del Rey, y un colete de ante. Traía la cara de punto, porque a puros chirlos la tenía toda hilvanada.

. . . Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda y huir de mi tío.

No quiero decir lo que comimos, sólo que eran todas cosas para beber... No había memoria de agua ni menos voluntad de ella... Menu-

deóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que pusieron las suyas tales... que ya en suma multiplicaban... Mi tío, que estaba más en juicio, decía que quién había traído a su casa tantos elérgicos... Eché en la cama a mi tío, el cual hizo cortesía a un velador de palo que tenía, pensando que era convidado

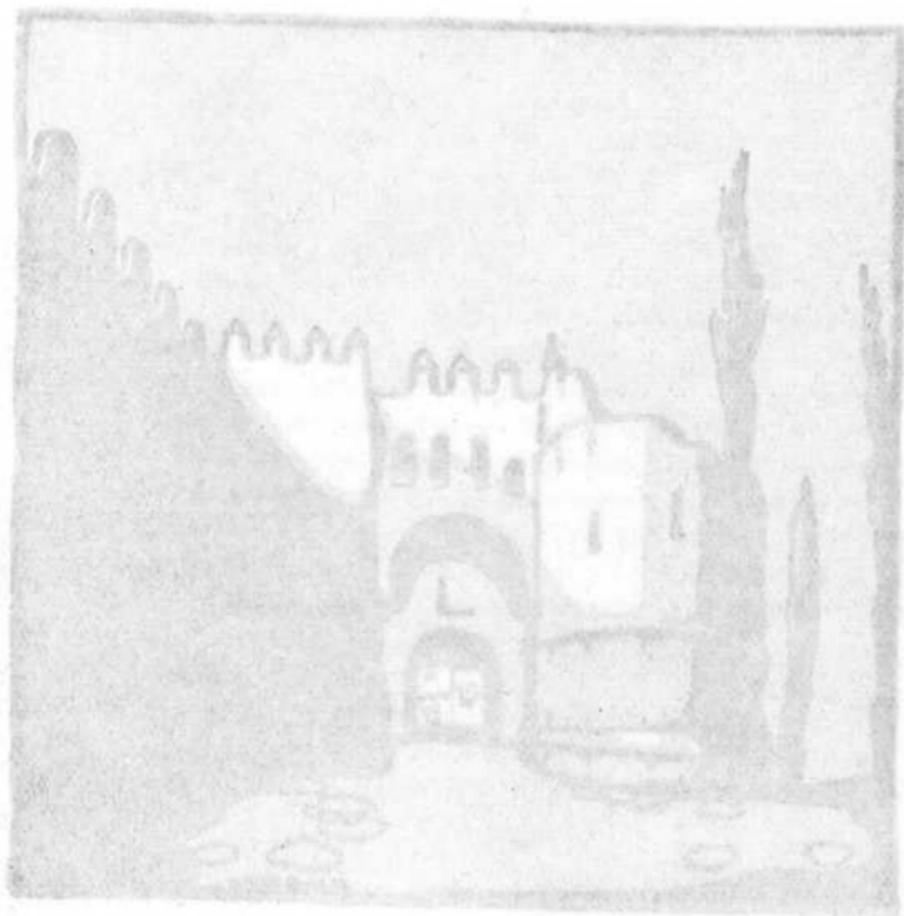
... Con estas cosas que veía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos a todos uno por uno lo mejor que pude, y dejando acostado a mi tío, salíme de la casa... y me fui a un mesón...

En esto oímos una voz cavernosa que mascullaba un extraño pregón. Con andar lento, oscilante, venía por la calle del Matadero una figura negra, un gigantesco encapotado. Escondida bajo el ropaje llevaba una linterna, que a cada paso asomaba su resplandor por entre la abertura de la capa. Se sentía a Quevedo en aquel intenso momento.

El encapotado, en llegando a la esquina de la plaza, paróse y lanzó su pregón: anunciaba la hora y el estado del cielo.

Todavía entonces el canto de los serenos era como una ilustración, como un subrayado en el ambiente característico de las noches segovianas.





EN una rinconada de la Plaza del Socorro asienta la primera piedra de la calle más típica de Segovia. Una escalinata por la que ascendemos con lentitud forzosa de tanta pendiente y de tanta emoción.

Y es que no sólo los viajeros, al encontrarse por primera vez en medio de aquella sinuosidad, sobre aquel piso para la huida, ante aquellas puertas féreas, bajo aquellos balcones para la evasión, entre aquellas rejas enormes y secuestradoras, vigilados por unos rincones de emboscada, se sentían envueltos en la alevosía, en peligro de una asechanza.

En Segovia he vivido desde que nací; en nocturnas deambulaciones he perdido o ganado muchas horas de sueño y de provecho, y aún veo, siempre que, como en la noche que guiaba al matrimonio cortesano, me aventuro al centro de esta calle, al judío Don Mayr asomándose cautelosamente tras la vidriera emplomada del balcón de la casa prócer, la del ángulo en que dobla la pendiente para burlar al perseguidor, en uno de aquellos días en que el re-

crudecimiento del acoso a que los de su raza sufrida y trabajadora estaban constantemente sometidos, le inspiró la venganza que de sus fanáticos y odiados enemigos tomaron los hebreos de Segovia en el Cuerpo del Dios del perdón y de la caridad.

—¿Cómo fué ello?—me solicitan mis amigos.

Un sacristán entrega una Forma consagrada a los judíos.

—Aconteció que el sacristán de una parroquia de la Ciudad, angustiado en un apremio, pidió en préstamo unos dineros a un judío, el cual era de nombre Don Mayr, de ejercicio médico, que lo había sido del difunto monarca D. Enrique, y con la fama entre los cristianos de ser de todos los hebreos que explotaban la usura el que más bajo interés y más suaves fianzas exigía para el pacto.

Pidió prenda el judío al sacristán; y viéndole que se encogía, por no tenerla, le dijo que si le llevaba una Hostia consagrada, que podía sacar del Sagrario de su iglesia, le daría sin rédito ninguno aquel dinero y más que le fuese menester.

Y el sacristán, segundo Judas, entregó al deicida la prenda de la Gloria. Gozoso el judío del suceso avisó a los de su religión, y congregados en la sina-

goga echaron la Forma en una caldera de agua hirviente. Y el misterioso Poder que negaban acreditóse en el punto, pues la Hostia fué sostenida y elevada en el aire. Tembló la fábrica de la sinagoga, rompiéronse los arcos y las bóvedas, y por una grieta que se abrió en el muro salió la Forma, que se dirigió al convento de Santa Cruz, posando en las manos de un monje que celebraba el Santo Sacrificio. A la vista del portento, el prior de los dominicos, con acuerdo de toda la comunidad, dió la Hostia milagrosa en Viático a un novicio, que devoto murió de allí a poco.

ALIVIADOS por el sosiego que a los ánimos llega en el prestigio sobrehumano de la tradición, seguimos subiendo la calle.

La plácida calma de un jardín y la proximidad de un templo absuelven completamente del angustioso cuidado con que la emoción que flota en el espacio oprimido entre aquellas casas siniestras para la sangre y hiela la médula.

Inesperadamente, sin dominar la escalinata violenta, sin desechar la visión terrorífica de una época de fanatismos y odios y persecuciones y sacrilegios, producida por el peso que sobre el corazón hacen las casas tenebrosas de la rinconada en que a la mitad del repecho dobla la calle, se pasa a la sensación de paz en Castilla y fraternidad en Cristo con que el alma se ensancha a la vista de la plaza despejada, en que el agua tiene su canción de cristal en una fuente, y los sueños tienen unas escalas que penden por las pirámides de unos pinos, y la luna, cuyo tema de plata habíamos olvidado en la pasada lobreguez, un gran vaso de silencio en que desbordarse, y la cruz de un martirio un templo, cuya torre yergue su fina esbeltez muy por encima del joyero de oro repujado de un ábside románico.

Y esa transición consoladora explica que la viajera percibiese un secreto sembrador que así deslinda las plantaciones en el jardín de los ensueños; y a la virtud de ese genio de la sensación ultranatural obedecería una pregunta puesta en su boca:

—¿No hay en Segovia un convento que fundó San-

ta Teresa en una casa que le fué cedida a cambio de un beso?...

—La excelsa Carmelita os ha inspirado, sin duda, esa curiosidad en estos momentos, en este sitio. Aquí cerca, pocos pasos más allá, vais a ver la casa que se vendió por un beso de aquella celestial amante, y la fundación en que dijo la primera misa Fray Juan de la Cruz... y aquí es—terminé, descubriéndome ante la imagen que bendecía una puerta—donde la santa Doctora compuso el bálsamo de las «Moradas».

Cayendo las almas de rodillas, rezamos, inflamados por la unción fervorosa de la viajera, que, apoyada en su esposo, comenzó:

Si el amor que me teneis,
 Dios mío, es como el que os tengo,
 Decidme ¿en qué me detengo?
 O vos ¿en qué os deteneis?
 —Alma, ¿qué quíeres de mí?
 —Dios mío, no más que verte.
 —Y ¿qué temes más de tí?
 —Lo que más temo es perderte.
 Un amor que ocupe os pido,
 Dios mío, mi alma os tenga,

*Teresa de
 Cepeda com-
 pra por un
 beso una
 casa.*

Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.
Un alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Si no amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo a amar?

La música inefable de la oración teresiana, velándose en los labios emocionados de una mujer apasionada, hizo vibrar la calma de aquellas calles dormidas.

Las tapias altísimas del jardín que hollaron las sandalias de la gran mística ocupan todo un ángulo de dos calles—la de las Descalzas y la Canongía vieja—en cuya quietud sonaban a irreverencia nuestros pasos lentos.

¡Qué libres y altos volaban los pensamientos en el plácido ambiente oreado por los aromas desprendidos del humilde huerto carmelitano!

¡Cómo se embriaga el alma, abrasada de vulgaridad, con el licor de ideal servido por la poesía en una copa de cristal de luna!

MEDIADA la calle—que, pese a unos patriotismos de centenario, siempre será la Canongía vieja—por donde se abre un desmonte, llega a nuestros oídos ilusionados rumor de agua que corre tranquila y estrépito de agua que se despeña. Viene el rumor de allá abajo, de entre aquella alameda frondosa que señala en su extensión el curso de la corriente. Distínguese donde levanta tal estrépito el voltear del agua sobrante de una presa. Asoma el espejo del embalse entre las tapias de unas huertas y unos tejados de pizarra.

—Aquello es la fábrica que un Herrera construyó para montar en España el primer artefacto de acuñar moneda.

SOBRE la floresta de álamos, entre cuadros de hortaliza y surcos de pan, destacan unas paredes derruidas que blanquean y una torre que aun envuelta en luna es dorada.

Y detrás Castilla: el yermo que se extiende de poniente a levante y se alza del río al cielo.

*Un proyecto
de Felipe II.*

Llegó un día a Segovia Felipe II con el empeño de buscar sitio en las cercanías de la Ciudad para levantar un monumento que conmemorase la victoria de San Quintín, y fuese a la vez un monasterio que guardase la escoria de majestades terrenales cuando el alma volase a su destino.

Medidos terrenos, puestos niveles, levantados planos tenían los alarifes para comenzar los cimientos en una altura llamada de San Cristóbal, distante de la Ciudad como un cuarto de legua hacia oriente; pero, a punto de empezar las obras, hizo apartarse al Rey de su primer propósito, desistiendo de erigir en Segovia *El Escorial*, la proximidad de este otro suntuoso monasterio, cuya fundación debíase a designios providenciales.

Fué reinando en Castilla el rey D. Juan el II, y en cumplimiento de un voto hecho a Santa María del Parral, ermita de mucha antigüedad y devoción en sitio donde saliendo a un desafío D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, le acometió su rival acompaña-

do de otros dos, y viéndose solo Pacheco, desnudando el estoque, acometió con denuedo, diciendo:

—«Traidor, no te valdrá tu traición; pues si uno de los que te acompañan me cumple lo prometido quedaremos iguales».

La confusión y desconfianza que la estratagema produjo en los contrarios le dieron lugar a herir de muerte a dos, huyendo el tercero; y viéndose vencedor prometió a la Madre de Dios fabricar un templo espléndido sobre la humilde ermita.

*Desafío de
Villena y
fundación
del Monas-
terio del
Parral.*

ESTA calle de la Canongía vieja, en que está abierto el mirador desde cuya altura nos hemos asomado a la leyenda del Parral, tiene, donde de estrecha se convierte en angosta, un arco que hoy no sirve de más, y bien señalado es el destino, que de encanto de artistas, y que en tiempos enmarcó una puerta que como otras, cuyas señales desaparecieron en ocasión de fastuosos festejos nupciales, aislaban dentro del recinto de la Ciudad otro a que se exten-

día la jurisdicción de la Catedral, que entonces se alzaba por aquellos lugares, y cuyos prebendados residían en casas defendidas por aquella segunda muralla.

—Esta calle... —pregunta, de los viajeros, el sentimental.

—Va al Alcázar. Ya se ven las pizarras de sus torres.

EL Alcázar!—exclaman.

Estamos ante la mansión preferida por la historia entre todas las reales residencias de Europa para testigo de sus episodios más culminantes; ante el templo elegido por la Providencia para mostrarse más clara y poderosa; ante el jardín en que la tradición ha plantado los más frondosos rosales; ante el retiro de una luna de miel que se cuenta en la Historia y en el Santoral; ante la prisión del más osado aventurero que figuró en las cortes de todos los soberanos; ante la residencia de los más grandes monarcas del mundo: San Fernando y Alfonso el

Sabio, Isabel la Católica y Carlos I... ante el navío invencible que da la proa a Castilla; ante el palacio favorito de la luna...

¡Cómo extrañar que forjadas en esta fragua donde se repujaron las páginas de la leyenda áurea, oreadas por este aire puro de Castilla pura, las almas de los capitanes Daoíz y Velarde tuvieran el temple de los aceros que ensancharon y sostuvieron España bajo todos los Soles!

¿Qué fueron, fortaleza donde el talento y la arrogancia y la intriga habitaron por los siglos en que Segovia hizo su historia—y la historia que Segovia hacía era la de Castilla que ya era toda España, y España no cabía en un hemisferio—qué fué de la semilla de hombres que florecían en este yermo, de los hombres que tú conociste, que tú probaste ante tus almenas, bajo tus techos doselados, entre tus rejas?...

Castilla se gastó en sus empresas, y su recuerdo desgarró en gemidos las aguas del *Clamores* al pasar bajo las torres que guardan el eco de las más sonoras estrofas de la epopeya interrumpida.

Daoíz y Velarde se educan en el Alcázar.

QUIEREN los viajeros aspirar el perfume de una rosa de aquel jardín, y a su deseo cumplo embarcándoles en el pétreo navío para dar un paseo por el mar de la Leyenda, bordeando la tierra firme de la Historia.

*Alfonso el
Sabio en-
mienda al
cielo.*

Desde el Alcázar Alfonso X legislaba para todos los siglos y arrancaba a la Naturaleza los secretos de su formación. El investigador nunca satisfecho, no el monarca orgulloso, lanzó al cielo, ante la Corte, la blasfemia de una enmienda soberbia: «A consultarme el Creador otra sería la armonía del Universo».

Fuego del cielo en que descargó el furor que el reto levantara en los elementos, fieles a quienes los domina, cayó sobre el Alcázar, penetrando en el aposento que había retemblado a la arrogancia. Y en medio del destrozo y el desorden que el rayo causara en la fábrica y en las personas, el monarca permaneció ileso y sereno.

DESEMBARCAMOS en la realidad; y señalándoles el muro de estribor de la embarcación encadenada por la roca:

—Desde aquel balcón más alto—les dije—cayó al parque, de los brazos de su nodriza, un niño real; y la sirviente, por no arrostrar la desolación de los padres y la justicia de los reyes, se arrojó al abismo a unirse con el infante que confiaran a su cuidado.

Cogimos de cada rosal una flor, hasta embriagarnos de quimera; y para despejar los vapores de la fantasía, que nos nublaban la atención, acerquéme con mis amigos al pretil que bordea la explanada que Felipe II hizo ensanchar para que cupiese la pompa que acompañó hasta el puente del regio Alcázar a su prometida Ana de Austria.

Repechándonos en el balcón colgado sobre el umbroso abismo, les dije:

*Un infante
cae al abis-
mo desde los
brazos de su
nodriza.*

*El balcón
de Castilla.*

MIRAR desde aquí es asomarse a Castilla. La fronda de álamos descende hasta el río. Al borde de la carretera un barrio duerme una paz rural, sabiendo guardado su sueño por el Alcázar vigilante. Entre el río y la carretera, bajo un puente que es la llave de la ciudad, tablares de huertas. Entre el camino y el cielo, el yermo abierto en surcos. Arriba, tan altos como el Alcázar, mirando frente a frente a la ciudad, sobre los surcos, un campanario y unas casas. Para llegar a la iglesia de la altura un camino corta el yermo en zig zag, llevando la imaginación a lugares de ensueño.

*Una iglesia
de Templarios.*

AQUÉLLO —les señalé un templo que se aparta al borde de la cuesta ideal— es como el estuche de oro de la piedra donde unos caballeros misteriosos velaban las armas, y del altar donde se adoró el árbol regado por la sangre redentora.

AQUELLA alameda—dije señalando hacia donde el yermo se escarpa más—oculta a nuestros ojos la Fuentecilla de las Peñas Grajeras y el Santuario alzado por la fe segoviana al milagro que la piedad de una imagen obró con una hereje inocente que en trance de muerte afrentosa invocara la deidad en que no creía.

*La Virgen
de la
Fuencilla*

Esos nidos blancos que cuelgan en lo más abrupto de la roca son los retiros de las dos palomas de fuego que desde la tierra más alto alzaron el vuelo. Son las celdas de Teresa de Jesús y del Hermano Fray Juan de la Cruz...

*Una urna,
unos
cipreses
y una cam-
pana para
San Juan
de la Cruz.*

Para guardar los nidos santos está el cenobio de los hijos de aquel corazón inmenso. Hay allí una urna para los huesos del frailecico, en las naves del templo, y unos cipreses para su espíritu, junto a la celda en que moró. Y en la espadaña hay una música para sus versos... Y en la noche serena hay un

momento para sentir y soñar y amarlo todo y llorar. Éste de la media noche anunciado con su autoridad por la voz de la Catedral, a cuya alerta responden de todas las direcciones los guardianes de las horas dormidas, relojes y serenos.

De la campana de los carmelitas brota y se esparce un vuelo de plata. De nuestros pechos sube a los labios el dulce llanto de una oración.

LA blanca palomica
 al arca con el ramo se ha tornado,
 y ya la tortollica
 al socio deseado
 en las riberas verdes ha hallado.
 En soledad vivía
 y en soledad ha puesto ya su nido,
 y en soledad la gufa
 a solas su querido
 también en soledad de amor herido.

La música de la campana se apaga. Ya sólo es como el aleteo de un ave que se posa a beber en el vaso de bronce. Ya no es más que el roce de las plumas, al tender el vuelo la paloma, con la cadena que pende del esquilón.

VENID—digo a mis amigos.—Es preciso que lleguemos puntualmente a una cita que tienen ustedes.

—¿Una cita nosotros en Segovia...—Pregunta invadida de extrañeza y de impaciencia la mujer.

Su esposo, sin querer arrancarse del balcón de Castilla, encuentra un tema para soñar en la Historia.

Aquí se coronó Isabel la Católica.

—Aquí en el Alcázar, no; aquí en Segovia, sí. Salió princesa del Alcázar, y la comitiva que la acompañaba, cuando iba a ceñir la corona que nunca encajó mejor que en sus sienes, siguió la ruta que nosotros vamos a llevar ahora para dirigirnos al sitio de la cita a que no falta ningún artista la primera noche de su estancia en Segovia.

Isabel, princesa de Castilla.

MARTES 13 de diciembre de 1474, concurrieron al lugar de esta plaza, que ahora con pena abandonamos, todos los nobles con mucho lucimiento y concurso innumerable de pueblo dividido en oficios y gremios; que en oyendo que salía del Alcázar la princesa, ordenados en forma militar, guiaron a la Plaza, por esta calle, nombrada ya entonces Canon-gía nueva...

*En la Ca-
nongía
nueva, to-
d-s las
muchachas
son felices.*

A pocos pasos de entrar en la calle, que es estrecha, tortuosa y empinada, sorprendimos el diálogo de unos novios que inflamaba un incendio propagado del balcón a las piedras del arroyo; y unas casas más arriba hay otra plática entre rejas que son allí una muralla; y a poco otro coloquio en una ventana a un salto de la acera, sin más defensa para la doncella enamorada que la vigilancia de una cruz que sobre su cabeza soñadora abre los brazos en la pie-

dra. Y antes de dominar la pendiente hemos perdido la cuenta de los idilios que nuestro paso—no el mío, no, no faltaría otra cosa, el de los forasteros—ha interrumpido; y yo he perdido la atención de mis acompañantes, a quienes, con muy buen gusto, interesa, más que la Historia de España, aquel espectáculo de amores.

¿Por qué en esta calle de la Canongía nueva, todas las muchachas tienen novio?...

La viajera dice a su marido:—Yo quisiera haberlos conocido en Segovia, y que mi cuarto hubiera tenido una de estas rejas.

ESTÁBAMOS ante la Catedral. El templo gótico, en la noche, es esto: un chopo esbeltísimo y firme, el campanario; un castaño ancho y corpulento, la media naranja; y un bosque de cipreses, el ábside. La luna penetra por entre los pináculos, componiendo un encaje de plata. En cada aguja hay encendida una estrella.

Ante el ábside se abre la plaza, amplia y casi re-

gular. Tiene esta plaza portales por todo un lado y parte de otro. Y además hay en la plaza unos arcos, levantados hace muchos años para formar otra galería de portales sirviendo de apoyo a unas casas que se construirían, se habrían construído ya, si para construir las no fuese necesario derribar las que hoy existen, que no *pueden* desaparecer de aquel sitio.

Entre todos los edificios de la plaza, como no podía por menos de ser, sobresalen dos: un caserón de piedra, apoyado sobre columnas de las que forman los portales largos, y una iglesia. El caserón de piedra tiene unas enormes rejas y un enorme balcón, dos torrecillas y un reloj. La iglesia es la de San Miguel, edificada en parte del terreno que ocupaba otra de la misma advocación que se derrumbó. En la fábrica del nuevo templo se emplearon los materiales del antiguo. El edificio del reloj no podría ser otro que la casa de Ayuntamiento.

La fachada norte de la iglesia de San Miguel, que es la que da a la plaza, está oculta detrás de unas casas que se sostienen apoyadas, agarradas a los contrafuertes del muro.





Orgullosa de mi cuna segoviana, exclamé:

—En el atrio de la iglesia de San Miguel, que era entonces lugar de Ayuntamiento, alzó bandera la Ciudad por la reina más grande de Castilla.

Y proseguí:

Castilla estaba dividida en parciales de la princesa Isabel y parciales de la *Beltraneja*. Había muerto Enrique IV; y al conocerse en Segovia la nueva de que Castilla estaba sin rey, antes de saber por qué partido se decidirían la Corte y las principales fuerzas del reino, en prenda de hospitalidad hacia la princesa que residía entre sus muros, sin medir lo que aventuraba en su decisión, Segovia levantó su estandarte por Isabel de Castilla.

Con esto, al siguiente día, martes 13 de diciembre, aquellas casas de pesadilla, cuyas maderas ha hecho incombustibles la carcoma, estas casas epilépticas, cuyas ménsulas y cuyos arcos se están riendo de la ley de la gravedad, vieron levantar un rico cadahalso, y llegar una imponente comitiva, y ceñirse una mujer la más preciada diadema.

*Isabel I,
reina de
Castilla.*

ENCOGIDAS, retirándose para dejar sitio amplio a tan soberbia grandeza, rodeando las Catedrales hay siempre unas calles estrechas, las más tortuosas de cada ciudad, y las casas de estas calles, como temiendo la comparación, para pasar desapercibidas bajo la sombra de las torres cobijadoras, se achican, hundiéndose unos pisos en otros, se aprietan, metiéndose unas casas en otras.

Así las casas de la calle de los Leones y de la Plaza, y así las calles del Toril y de Santa Ana y del Sol, por donde salimos a la calle Real, provinciano nombre que no podía faltar para la más provinciana calle de Segovia, donde están las tiendas y los cafés y el casino.

Por fortuna, el trozo profanado por un prurito de modernización es corto; y compensa de la anterior frivolidad el encuentro con las piedras negrísimas y las rejas reforzadas de un sombrío caserón, en cuyo frente se abre una hornacina para una imagen oculta por un cristal que nunca se ha limpiado. Sobre la

fachada, en el alero hay una espadaña. Junto a la hornacina cuelga un farol y en la espadaña un cimbalillo, lámpara que he visto encendida y esquilón cuyo tañido he escuchado sólo dos días de unos eneros distantes dos lustros entre sí y desde el último a ahora, en noches en que unos reos purificaban su vida en la terrible expiación de las horas de capilla.

LA pesadumbre de la casa de la Justicia contrasta con la aérea esbeltez de un atrio que allí mismo abre al romanticismo las palmas de su arcada.

El tenorio que dormido llevamos dentro todos los españoles despierta en mí frecuentemente, a la vista de la serie exterior de columnas y capiteles de oro viejo y otra serie interior de arcos de sombra que proyecta sobre el muro de la iglesia el farol frontero, que, dicho sea para quien debe escucharlo, es la única lámpara que alumbra en su sitio por las calles de esta Ciudad de los efectos de luz.

*El escenario
de un ensueño
muy
español.*

Entre los arcos de dorada piedra y los de sombra, la luna miente como que pasan las tocas de una religiosa.

Con la firmísima gentileza de una iglesia, cuya torre de encalados muros parece sostenida en el aire sobre la fragilidad del atrio románico de áurea labor; con una escalinata que limitan unas casas levantadas para sus viviendas por unos señores del Renacimiento, y que otros señores de estos siglos de la cultura no han conseguido desfigurar; con el palacio que cobijó las horas tristes de una reina, loca de amar a su esposo, y un torreón que en su fortaleza sería el ideal alcázar de marfil para el más soberbio príncipe de la quimera; con un cielo de terciopelo nupcial, una fuente y unas esculturas de alba piedra, ha compuesto, en el taller de los siglos, la sublime colaboración de la Naturaleza, la Historia y el Arte el escenario de una infinita comedia de ensueño: la Plaza de San Martín.

POR no herirme con la vergüenza que como segoviano me llegase por cómplice del abandono, me callé que la casa ante la que nos paramos a contemplar la decoración, la que soporta en su fachada la lápida de un homenaje de limosna y un rótulo irreverente, debería estar, por honor de Segovia, rodeada de una verja de oro y protegida por una guardia de los mejores hijos de este Solar, que ante la puerta detuviera a cuantos llegasen diciéndoles que aquélla es la mansión del caudillo que Segovia envió a morir por la libertad de Castilla.

*Deuda
de honor no
pagada.*

UNICAMENTE nuestras pisadas turban el silencio de la calle, la calle principal de una ciudad, la calle en que hay unas puertas de tiendas que los viajeros imaginan, y yo les dejo con su ilusión, serán despachos de unas cosas amables y simples, el despacho

del velonero, del herbolario, la cintería, y obradores de unos oficios simpáticos, el obrador del talabartero, el obrador del tornero, el del cedacero, el del platero.

Ya el tiempo, si hemos de llegar a punto y hora al lugar de la cita, sólo permite que los viajeros reparen en dos fachadas próceres que, muy inmediatas, muestran, una, los arabescos de su elegancia, y otra, los sillares de su fortaleza; en la luna reflejándose en la nieve que amortaja la montaña fabulosa, y en los ocho rincones que forman las casas en los cién últimos pasos de la calle.

La mujer muerta.

El encanto.

Y cuando la calle se despeja, porque un edificio grande y desmantelado se aparta y unos edificios pequeños y miserables se encogen hasta lo inverosímil para no estorbar, se presenta a la adoración de los viajeros el *Sancta Sanctorum*, la obra predilecta de los siglos.

Es el momento preciso. Se hace el encanto. Las

SENTIMENTAL ❁

luzes con que el progreso disipa la poesía se apagan.
La luna contempla el Acueducto...

La luz vuelve, a romper el encanto.

No dura más que un instante la realidad del ensueño; pero la impresión no morirá, si el alma es eterna.

EL PINTOR MANVEL MARTÍ ALONSO
DECORÓ ESTE ITINERARIO

Terminóse la impresión
de este libro el día XXII
de mayo de MCMXV.
Laus Deo. —

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3200



~~~~~  
A. SAN MARTÍN, IMP.-8638  
~~~~~

17620

Novario Sentimental